

**NUEVAS VERTIENTES CONCEPTUALES Y EPISTEMICAS EN EL CAMPO DE
LAS TERAPIAS CONDUCTUALES-COGNOSCITIVAS**

Alfonso Martínez-Taboas, M.A.

Centro Caribeño de Estudios Postgraduados

Instituto de Investigación Científica

In the last decade, the cognitive-behavioral approach has made notable and important advances in the treatment and conceptualization of a diverse array of psychopathologies. Nevertheless, some colleagues haven't shown any appreciable interest or curiosity in this psychological approach. One of the principal obstacles to the acceptance of this orientation is that some insist that this type of approach is "simplistic", "lineal" and that it minimizes the cognitive realm. In this paper, I demonstrate that such criticisms are off the mark and erroneous. In fact, a vast amount of recent work in the field has to do with pinpointing the cognitive mechanisms that mediate the human experience. Finally, I propose that it is time that we desist in attempting to associate the cognitive-behavioral approach with the already dead "positivistic science". Instead, I suggest that the writings of C. Bas Van Fraassen, a noted philosopher of science, should be required reading for a proper comprehension of this field. His alternative theory of **constructive empiricism** place the work of the cognitive-behavioral practitioner in a respected perspective and in accord with recent developments in epistemology and the philosophy of science.

Existe una literatura voluminosa y amplia que denota que dentro de las terapias conductuales-cognoscitivas se han desarrollado una diversidad de intervenciones y estrategias terapéuticas que han probado ser efectivas en el manejo clínico de diversos trastornos psicológicos. Revisiones de literatura de estilo narrativo (Kazdin & Wilson, 1978; Martínez-Taboas, 1988; Rachman & Wilson, 1980) al igual que estudios recientes meta-analíticos (Andrews & Harvey, 1981; Dobson, 1989; Shapiro, 1985; Weisz, Weiss, Alicke & Klotz, 1987) revelan que las terapias conductuales-cognoscitivas son tan o hasta levemente más efectivas que otras modalidades psicoterapéuticas. Particularmente, en los últimos diez años los adelantos en el manejo de la ansiedad de pánico (Barlow & Cerny, 1988; Martínez-Taboas, 1989), la

obsesión-compulsión (Foa, Stekette & Ozarow, 1985), el desorden de estrés post-traumático (Keane, Fairbank, Caddell, Zimering & Bender, 1985), los conflictos maritales (Jacobson & Holtzworth-Munroe, 1986), la depresión (Wright, 1988) y el manejo de conductas anti-sociales en niños (Kazdin, Bass, Siegel & Thomas, 1989), entre otros, han sido sumamente impresionantes.

No pretendemos, en el breve espacio disponible, realizar una revisión sobre la articulación de dichas estrategias o intervenciones. Nuestro propósito va a ir dirigido a otros planos del quehacer psicológico: las bases conceptuales y epistemológicas que actualmente caracterizan a esta vertiente terapéutica.

Nuestro empeño y motivación en la elaboración de las ideas presentadas aquí toma como base la experiencia

cotidiana con estudiantes, profesores y colegas, algunos de los cuales tienen una visión anacrónica del marco conductual-cognoscitivo. En el 1985 la *Revista Puertorriqueña de Psicología* publicó un ensayo nuestro (Martínez-Taboas, 1985) en donde identificamos 5 mitos que circundaban (y que aún circulan) alrededor de la enseñanza académica del marco conductual¹. En el presente trabajo pretendemos demostrar que el marco "conductual" es diverso y heterogéneo en su conceptualización y que puede ser asimilado e influido por ciertas corrientes epistemológicas que actualmente están en la vanguardia de la filosofía de la ciencia. La primera meta de este trabajo es demostrar que las bases teóricas y los fundamentos conceptuales del "conductismo" abarcan toda una gama amplísima de posturas. En segundo término, veremos que la equiparación del conductismo con el positivismo lógico no es ineludible y que su proceder puede ser compatible con los enfoques epistemológicos de Bas C. Van Fraassen (1980, 1985) quien actualmente es uno de los filósofos de la ciencia más eminentes y respetados.

El Conductismo como Guillotina de lo Mental: ¿Realidad Conceptual o Retórica Falaz?

En el 1924, J.D. Watson declaró:

Dadme una docena de niños saludables, bien constituidos y un ambiente apropiado para criarlos, y yo garantizo que puedo educar a cualquiera de ellos tomado al azar hasta convertirlo en cualquier especialista que yo quisiera elegir (médico, abogado, artista, comerciante), jefe e, incluso, mendigo o ladrón, independientemente de sus aptitudes, inclinaciones, tendencias, capacidades, vocaciones y raza de sus progenitores. (citado en Kazdin, 1978, p. 65).

Todavía se argumenta con alguna frecuencia que el

1- Dichos mitos son los siguientes: 1) Las terapias conductuales están en franca decadencia; 2) Es común el hallazgo de sustitución de síntomas; 3) La terapia conductual sólo ataca el síntoma y no la causa; 4) Esta modalidad no es efectiva ni relevante fuera del contexto norteamericano; 5) Esta modalidad es mecanicista e impersonal.

conductismo es un tipo de actividad investigativa que en última instancia se reduce a la respuesta que nuestro organismo ofrece a una serie de estímulos externos, ya sean estos presentados de manera pareada o como consecuencia a nuestras acciones. En otras palabras, la teorización conductual es asociada con el condicionamiento irreflexivo. De hecho, tanto es así que recientemente escuché a un colega describir al conductismo como una "psicología sin cabeza".

Sin embargo, esta caracterización del conductismo no es una que toma sus bases en un discurso informado, sino en la aceptación acrítica de la crítica desinformada. ¿Por qué decimos esto? Por la sencilla razón de que el "conductismo", al igual que muchas otras ramas y disciplinas, ha ido depurando, refinando y ampliando marcadamente su quehacer práctico y teórico. Para comprender esto, demos un breve recorrido histórico.

Del 1910 al 1950 se desarrollaron tres variantes del modelo conductual: a) el watsoniano (metafísico); b) el metodológico (neo-conductual) y, c) el radical (skinneriano). El watsoniano insistía que la rama de acción de la psicología sólo debería de ser el estudio de las conductas públicas y observables de las personas. Quedaban fuera de su discurso los pensamientos y otros estados internos. Estos, simplemente, se consideraban un epifenómeno. El conductismo metodológico también defendía la idea de que la materia de estudio del psicólogo debería de ser observable. Sin embargo, de estos datos se podrían inferir procesos de estructuras internas que mediatizarían la variabilidad organísmica en el estímulo y la respuesta. Finalmente, el conductismo radical asumió un recuento no-mediacional basado en las relaciones directas entre el medio ambiente y la conducta.

Hasta este punto, el crítico del conductismo que desee achacarle a éste una guillotina de lo mental, no tendrá muchos escollos para probar su tesis. O como bien lo expresa Bandura (1986): "Al reducir los determinantes de la conducta humana a controles de contingencia, los proponentes de este enfoque colocan la agencia de la acción en fuerzas ambientales, y a la vez desestiman el pensamiento y otros procesos internos de cualquier eficacia causal" (p. 12).

Sin embargo, del 1960 al 1990, el modelo conductual ha seguido ramificándose de manera vertiginosa con la consecuencia de que hoy podemos identificar otros tipos

de "conductismo" que se desligan tajantemente de la filosofía positivista y que se han adentrado en procesos mentalistas y hasta "inconscientes". Veamos algunos de ellos:

1) Teoría Social-Cognitiva

Sin lugar a dudas su mejor exponente es Bandura (1977, 1986, 1989) quien en sus estudios y escritos ha hecho énfasis en que los modelos conductuales anteriormente expuestos son reduccionistas, simplistas e inadecuados. Ya en 1974, en su mensaje presidencial a la American Psychological Association, decía éste: "Contrario a la visión unilateral, las acciones humanas resultan de las interacciones recíprocas de circunstancias externas con un grupo de determinantes personales que incluyen potencialidades heredadas, competencias adquiridas, pensamiento reflexivo y un alto grado de auto-iniciativa" (p. 35).

El modelo de aprendizaje social, o social cognitivo, expone un enfoque interaccionista en donde los evento ambientales, los factores personales y la propia conducta se influyen de manera recíproca, a veces en una serie de complejas cadenas interaccionales (véase a Patterson (1982) para la aplicación sistemática de este modelo en casos de niños con problemas conductuales). Al analizar la operación de la agencia humana en esta estructura causal interaccional, la teoría social-cognitiva le ofrece un papel central a los procesos cognitivos, vicarios, auto-reflexivos y auto-regulatorios.

De este mismo modelo se ha desprendido la teoría de la auto-eficacia (Bandura, 1978, 1982). Esta teoría postula que la auto-eficacia es un juicio sobre la capacidad que uno tiene en lograr un cierto nivel de ejecución. La percepción que la gente tiene de su eficacia influye los tipos de escenarios anticipatorios que construyen y que reiteran. Por lo tanto, la auto-eficacia usualmente afecta las funciones cognitivas a través de la influencia conjunta de operaciones motivacionales y de procesamiento de información. Numerosos estudios de proceso indican que la auto-eficacia es un factor operante en el proceso de cambio psicoterapéutico (Bandura, Reese & Adams, 1982; Bandura, Taylor, Williams, Mefford & Barchas, 1985; Williams, 1988).

2) Terapias Conductuales-Cognoscitivas

Los enfoques conductuales-cognoscitivos suelen alejarse más aún de los modelos clásicos de

condicionamiento y de aprendizaje. Su énfasis es en la interacción de los procesos cognitivos con los eventos ambientales. Siguiendo a Kendall y Bemis (1983), podemos resumir los puntos básicos de estos modelos en lo siguiente:

- a— El organismo humano responde primariamente a representaciones cognoscitivas de su ambiente, en vez de responder directamente al ambiente de por sí.
- b— La mayoría del aprendizaje humano está mediado por la cognición.
- c— Los pensamientos, sentimientos y conductas están causalmente interrelacionados.
- d— Las actitudes, expectativas, atribuciones y otras actividades cognoscitivas son centrales al producir, predecir y entender la conducta psicopatológica y los efectos de las intervenciones terapéuticas.
- e— Los procesos cognitivos deben ser presentados de manera tal que puedan ser puestos a prueba y a la vez que puedan ser integrados con estrategias de acción conductual.

No hay tal cosa como un modelo conductual-cognoscitivo. Se han identificado diversas vertientes, cada una con unos énfasis en procesos particulares. Más aún, es bien conocido que existen diferencias entre los mismos en su parentesco teórico, en sus énfasis, en sus procedimientos específicos y en los problemas en que intentan intervenir. Entre los modelos más conocidos y sobresalientes están:

- Los enfoques de entrenamiento en auto-instrucciones y auto-diálogo (Meichenbaum & Cameron, 1983).
- La terapia cognitiva de Beck (Beck, 1976; Beck & Weishaar, 1989; Moretti, Feldman & Shaw, 1990).
- La terapia racional-emotiva de Ellis (Bernard & DiGiuseppe, 1989; Ellis & Dryden, 1987).
- Los enfoques cognoscitivos-interpersonales (Safran & Segal, 1990).

Aunque este no es el lugar para exponer ni debatir en detalle las fortalezas y debilidades de cada enfoque, sí debe hacerse hincapié en que cada uno de estos modelos asume como un principio medular que no puede haber aprendizaje sin "una cabeza que piense". De hecho, el concepto de cognición es el *sine qua non* de todos estos modelos. Algunos teóricos, como R. Lazarus (1984), han estado dispuestos a hablar de la primacía de lo

cognoscitivo en el proceso de cambio. Otros teóricos, más cautelosos, se han limitado a desarrollar modelos de interacción entre los componentes afectivos, conductuales y cognitivos (Greenberg & Safran, 1987). O, como bien lo expresaron recientemente Beck y Weishaar (1989):

La angustia psicológica es la consecuencia última de la interacción de factores innatos, biológicos, del desarrollo y ambientales. No hay tal cosa como una sola "causa" de las psicopatologías. La depresión, por ejemplo, posee un número de factores de predisposición tales como susceptibilidad hereditaria, enfermedades físicas que culminan en anormalidades neuroquímicas, traumas del desarrollo que propician vulnerabilidades cognitivas, experiencias personales inadecuadas... y patrones cognitivos desadaptativos tales como metas, asunciones e imperativos irrealistas. Las cogniciones no "causan" la depresión o ningún otro desorden psicopatológico; en vez éstas son una parte intrínseca del desorden (p. 23).

Reflexiones y Recomendaciones

Hasta este punto debe quedar palmariamente claro que el modelo "conductual" se ramifica en varias vertientes y que muchas de las más pujantes en investigación y teoría son las que involucran procesos tales como: procesamiento de información, atribuciones, cogniciones, auto-eficacia, imagerías, esquemas de vida y otros tipos de agentes causales que implican mediación mental. De hecho, en los últimos años han aparecido una serie de libros, mayormente editados, en donde se expone de manera detallada el debate conceptual y teórico que se forja dentro del marco conductual². Es particularmente importante recalcar que estudios de sondeo de opinión entre los propios clínicos conductistas

- 2- Ervin, E. (1978). Behavior therapy: Scientific, philosophical and moral foundations. Nueva York: Cambridge University Press.
 Eysenck, H.J., & Martin, I. (Eds.) (1987). Theoretical foundations of behavior therapy. Nueva York: Plenum.
 Fishman, D.B., Rotgers, F., & Franks, C.M. (1988). Paradigms in behavior therapy. Nueva York: Springer.
 Reiss, S., & Bootzin, R. (1985). Theoretical issues in behavior therapy. Nueva York: Academic Press.
 Wilson, G.T., & Franks, C.M. (Eds.) (1982). Contemporary behavior therapy: Conceptual and empirical foundations. Nueva York: Guilford.

revelan que el conductismo de tipo no-cognitivo va en descenso al compararse con los enfoques de cognición social (véase a Mahoney, 1979; Sayette & Mayne, 1990; Woolfolk, Fieldman, Rosenberg & Gara, 1990).

Recientemente, Fishman, Rotgers y Franks (1988) analizaron los escritos de once prominentes investigadores y teóricos que trabajan dentro del marco conductual y que fueron invitados a contribuir ponencias al susodicho volumen. En la Figura 1 puede apreciarse la diversidad en sus relativas posiciones en dos dimensiones: 1) positivismo versus construccionismo social; 2) condicionamiento versus cognición. Se evidencia que sólo Rachlin y Eysenck trabajan con el marco del condicionamiento y del positivismo. La mayoría de los otros teóricos e investigadores parten de posturas interaccionistas y cognoscitivas.

En este punto la pregunta es mandatoria: ¿por qué algunos psicólogos insisten en parear el "conductismo" con la "psicología sin cabeza"? ¿Por qué asocian la totalidad del trabajo conductual con la filosofía positivista y reduccionista? Más importante aún, ¿por qué el discurso de estos críticos no compagina con el quehacer más sofisticado y reciente que proviene de este marco?

Nos inclinamos a pensar que dichas interrogantes obtienen una contestación si consideramos los siguientes tres factores:

- a) El error de parear el nombre de Skinner, Watson, Hull, Pavlov y otros célebres conductistas con la labor más contemporánea.

Este error es falaz e insostenible, debido a que tácitamente se asume un estancamiento conceptual y teórico desde la década de 1920 hasta el presente (para una refutación rigurosa de este argumento véase a Bandura, 1986 y a Kazdin, 1978).

- b) El error de prefijar y limitar la labor investigativa y teórica dentro del campo con el estudio de la conducta observable.

El lector que examine un volumen básico de evaluación conductual-cognoscitiva se percatará de inmediato que esta crítica no resiste un análisis riguroso (véase el volumen de Nelson y Hayes, 1986). La evaluación conductual-cognoscitiva suele abarcar los renglones afectivos, cognoscitivos, psicofisiológico y ambientales.

- c) El error de asociar una filosofía positivista de la ciencia con la totalidad del quehacer conductual.

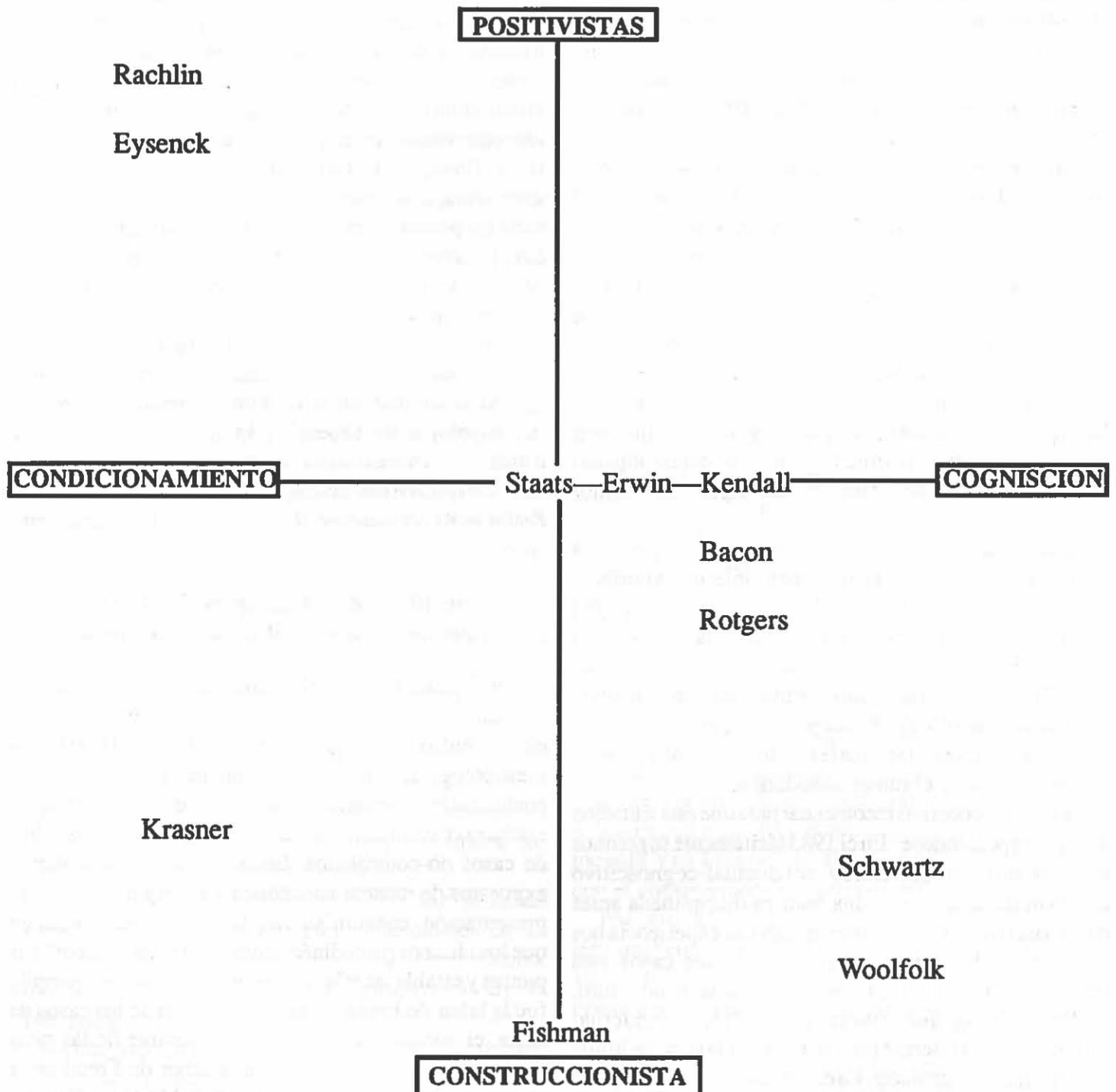


Figura 1. Posición relativa de autores en dos dimensiones: Positivismo versus construccionismo y enfocado en condicionamiento versus cognición.

Como vemos en la Figura 1, no hay razón válida para pensar que el conductualista tiene que limitarse a trabajar dentro de parámetros positivistas. En el 1979, Mahoney apuntaba que la mayoría de los encuestados rechazaban el positivismo como base conceptual y teórica de su labor clínica o investigativa. De hecho, hay tendencias recientes a un movimiento construccionista dentro del campo (véase, por ejemplo, a Down & Pace, 1989 y a Mahoney, 1988).

La pregunta persiste: ¿por qué se cometen estos errores cuando se describe el quehacer dentro de esta disciplina? Si tomamos como punto de partida nuestra experiencia con colegas, estudiantes y profesores, nos tendríamos que inclinar irremediablemente a señalar que la base de esta crítica toma sus raíces en la aceptación acrítica de una serie de objeciones, que si bien fueron contundentes en otras décadas y en otro contexto, ahora sólo pueden ser descritas como inadecuadas. Estos juicios, pues, no se basan en un conocimiento amplio y riguroso del quehacer que pretenden criticar, sino en opiniones estereotipadas que a fuerza de repetición han tomado aspecto de "hechos indubitables".

Esta situación, la cual resulta lamentable, es análoga a la que ya señalábamos en un trabajo anterior (Martínez-Taboas, 1985) en donde se hacía notar que un gran número de las objeciones al marco conductual podrían ser descritas acertadamente como "mitos". El término "mito" nos pareció adecuado porque el mismo dramatiza el proceso por el cual se aceptan sin cuestionamiento ciertas creencias, las cuales toman su base en la desinformación y el rumor anecdótico.

Pero, ¿qué podemos recomendar para que esta situación no siga perpetuándose? En el 1985 tácitamente sugerimos que los críticos del marco conductual-cognoscitivo deberían de educarse de una manera disciplinada antes de endosar dichos mitos. Sin embargo, la experiencia nos ha convencido que en la mayoría de los casos esta recomendación, aunque bien intencionada, resulta fútil. A los colegas que atacan el modelo conductual difícilmente les interese profundizar y enterarse de lo que acontece en este quehacer. La experiencia nos ha enseñado que el compromiso ideológico con otros marcos usualmente les impide crear curiosidad hacia el marco conductual.

Una segunda alternativa, defendida por Bandura desde

hace años, es desarraigar de una manera clara y tajante el término "conductismo" de la labor más amplia y sofisticada del investigador que trabaja con conceptos y procesos mediacionales cognoscitivos. Es por esta misma razón por lo cual Bandura rehusa tildar su producción literaria e investigativa con términos tales como "conductista" o "neo-conductista". En vez, Bandura ha propuesto el término *teoría social cognitiva* para describir los compromisos conceptuales y teóricos de este enfoque. Dice Bandura (1986): "La porción social de la terminología reconoce los orígenes sociales de gran parte del pensamiento y acción del ser humano; la porción cognitiva reconoce la contribución causal de procesos de pensamiento en la motivación, afecto y acción en el ser humano" (p. xii).

Coincido plenamente con Bandura de que si no podemos educar a nuestros críticos, entonces tenemos la opción de adoptar una terminología que nos desligue de la "psicología sin cabeza" y lo que ésta implica. Esta demarcación no se basaría en un mero artificio lingüístico, sino en la división conceptual, teórica y práctica que deslinda al conductismo clásico de las nuevas tendencias en el campo.

La Identidad de las Terapias Conductuales-Cognoscitivas y la Filosofía de la Ciencia

Una tarea que ha distinguido las investigaciones y publicaciones de los modelos conductuales-cognoscitivos es su énfasis en la rigurosidad investigativa y metodológica. Antes de la llegada de los clínicos conductuales-cognoscitivos, el campo de las psicoterapias estaba excesivamente limitado a la publicación de estudios de casos no-controlados. Estos recuentos, usualmente expuestos de manera anecdótica y sin rigurosidad en la presentación, constituían una de las maneras típicas en que los clínicos psicodinámicos trataban de "probar" sus puntos y establecer relaciones causales. Tal, por ejemplo, fue la labor de Freud en su presentación de los casos de Dora, el hombre de los lobos y el hombre de las ratas (para una crítica minuciosa de la labor de Freud en la presentación de sus casos véase a Martínez-Taboas, 1990). Aunque hay un consenso amplio de que la presentación de estudios de casos no-controlados tiene valor clínico y heurístico (véase la defensa de Lazarus &

Davison, 1971), también hoy sabemos que los estudios de casos están exquisitamente vulnerables a una gama amplia de artificios, que atentan contra su validez externa e interna. El problema cardinal es que toda la labor de recopilación, selección, organización, interpretación y presentación de la evidencia se la dejamos a una persona que usualmente tiene ya de antemano unos fuertes prejuicios teóricos y quien a su vez no utilizó ningún tipo de rigurosidad investigativa para resguardarse de toda esta gama amplia de artificios. Hoy día hay evidencia **contundente** que señala que este proceso inferencial y de editaje en un ambiente no-controlado tiende a estar muy vulnerable al error clínico (véase a Jones, 1977; Nisbett & Ross, 1980; Turk & Salovey, 1988).

Los autores e investigadores del marco conductual-cognoscitivo, aunque no rechazan el valor del caso sencillo, tratan de depurar con más rigurosidad sus parámetros (Hersen & Barlow, 1976) y a la vez activamente utilizan otros tipos de metodología que permitan la evaluación empírica de sus modelos teóricos.

No es de sorprendernos, pues, que durante las primeras cinco décadas de este siglo casi toda la labor conductual se enmarcara dentro del positivismo lógico (Ayer, 1959; Joergensen, 1951). Esta corriente filosófica, la cual tuvo una vida bastante efímera, hacía un énfasis desmedido en principios tales como: 1) la primacía de lo observable; 2) el principio de verificación; 3) desligamiento del proceso teórico del observacional; 4) el tildar como "sin sentido" las proposiciones no-empíricas; 5) la búsqueda de conocimiento "verdadero"; 6) énfasis en un lenguaje neutral de observación aplicable a todas las ciencias, etc. (véase a Popper, 1974 y a Suppe, 1989 para detalles del resquebrajamiento del positivismo lógico durante los 1950's y 1960's).

Algunos críticos del conductualismo han señalado que éste aún descansa sus bases conceptuales en un positivismo anquilosado y anacrónico. Por lo tanto, concluyen que el sostén epistemológico de la investigación conductual es espurio e improductivo.

Sin embargo, tal parece que este tipo de crítico no ha hecho concienzudamente su tarea investigativa. Aunque sí es cierto que algunos exponentes del marco conductual parten de premisas positivistas, no menos cierto es que en los últimos 15-20 años el positivismo ha perdido la primacía conceptual que antes tenía (véase Figura 1).

Este declinamiento es el mismo que más o menos se ha dado en otras ramas científicas.

Sin embargo, y aunque la conceptualización conductual-cognoscitiva cada vez se distancia más de la improductividad positivista, aún no hay consenso claro sobre cuál deberían ser sus parámetros y procedimientos epistemológicos. Al respecto, nos proponemos presentarle al lector una de las contribuciones más notables que ha surgido en los últimos años dentro de la filosofía de la ciencia. Su representante es C. Bas Van Fraassen (1980, 1985). Veamos, pues, la relevancia de Van Fraassen a la labor conductual-cognoscitiva.

C. Bas Van Fraassen y el Empirismo Construcccionista

En su obra principal (*The Scientific Image*, 1980) Van Fraassen comienza enumerando los fracasos epistémicos del positivismo lógico y cómo paulatinamente los científicos y epistemólogos se dieron cuenta de todas las inadecuaciones de lo que llegó a llamarse como "la visión recibida" ("the received view"). Como alternativa prescriptiva Van Fraassen propone lo que él llama el **empirismo construccionista**. De acuerdo a Van Fraassen, el término construccionista es usado "para señalar mi postura de que la actividad científica es una de construcción y no de descubrimiento" (p. 5). Al esgrimir esta postura, Van Fraassen se desliga radicalmente de la posición realista de la ciencia la cual hoy por hoy posiblemente abarca la mayoría de los filósofos de la ciencia. Según Van Fraassen, pues, los científicos no descubren la naturaleza; en vez, construyen modelos que se equiparan a su labor empírica. Por lo tanto, con esta movida Van Fraassen se alinea con los anti-realistas y con el construccionismo en la ciencia.

Por otro lado, Van Fraassen hace igual énfasis en el término "empirismo". El autor define este término de la siguiente manera: "El empirismo requiere que las teorías brinden un recuento adecuado de lo que es observable, contando las otras estructuras postuladas como un medio para ese fin" (p. 3). Por lo tanto, Van Fraassen postula que las metas de la ciencia son dos: "1) formular teorías que sean adecuadas empíricamente; 2) y la aceptación de una teoría sólo implica la creencia de que es empíricamente adecuada" (p. 12). Por lo tanto, de la lectura de Van

Fraassen y de su anti-realismo se desprende que la meta del científico no puede ser hallar ni acumular teorías "verdaderas". Esta labor es imposible debido a que en la estructura de toda teoría siempre se apela a procesos no-observables, y en tanto éstos se desliguen de lo empírico, no podemos asegurarnos ni de su existencia ni de su veracidad. Lo más que puede pretender un científico, al proponer una teoría, es que ésta ofrezca un recuento exitoso de sus variantes **observables** y que explique una serie de fenómenos. Sin embargo, la ciencia no puede ofrecer juicios sobre la "existencia" o la "verdad" de entidades o de procesos no observables que son implicados en las teorías. Estos procesos podrían muy bien existir o no existir; al respecto Van Fraassen se declara agnóstico.

La tesis de Van Fraassen se adecúa formidablemente bien a la labor que se está gestando en el campo social-cognitivo (o conductual-cognoscitivo). En primer lugar, su defensa por un enfoque construccionista es totalmente compatible con las posturas básicas del aprendizaje social en donde se hace énfasis en cómo los factores cognitivos y sociales moldean la experiencia humana. Así mismo, el rechazo de Van Fraassen de teorías realistas y de verdades ontológicas es compatible con el énfasis de teóricos como Bandura que rechazan las tesis nativistas y de determinismo biológico (tales como las de los sociobiólogos). Esto es así ya que, según Bandura (1977), la mayoría de nuestras conductas "son adquiridas y retenidas a través de la mediación de símbolos verbales" (p. 33). O, como lo expresó recientemente: "A través de los símbolos la gente procesa y transforma las experiencias diarias en modelos internos que sirven como guías para una acción futura. Asimismo, es a través de los símbolos que le damos significado, forma y continuidad a las experiencias que vivimos" (1986, p. 18). Este proceso simbólico, en donde el discurso verbal toma primacía en la construcción de la realidad, es compatible con los cánones del construccionismo (véase la analogía que hace Rotgers (1988) entre el aprendizaje social y la labor de construccionistas sociales como Gergen (1985)).

Por otro lado, la tesis de Van Fraassen de que el *sine qua non* de la tarea científica debe ser la evaluación empírica de las teorías y de ver cómo éstas **explican** lo que observamos en el mundo es una muy a la par con el temperamento investigativo de la mayoría de los teóricos en el área de las terapias conductuales-cognoscitivas.

Van Fraassen propone que en la labor teórica podemos admitir la intromisión de procesos no observables, pero sólo si éstos tienen alguna afinidad con los hallazgos empíricos. Por lo tanto, Van Fraassen permite la postulación de procesos no-observables sólo como un medio que permita la creación de modelos adecuados de fenómenos empíricos.

Ya decíamos que este proceder prescriptivo de Van Fraassen es compatible con la labor conductual-cognoscitiva. Si le damos un vistazo a la producción profesional (libros, revistas, ponencias) que generan los clínicos y teóricos conductuales-cognoscitivos, nos percataremos de inmediato de dos cosas: 1) énfasis en la creación de modelos complejos, la mayoría de los cuales apelan a constructos no-observables (véase la teoría de esquemas mentales de Beck y col (1990); la teoría de influencia recíproca de Bandura (1986); la teoría de atribución interna de Seligman (Peterson & Seligman, 1984)); 2) la evaluación controlada, rigurosa y crítica de dichos modelos tomando en consideración sus referentes empíricos. Obviamente, todo este andamiaje conceptual e investigativo se asemeja al modelo prescriptivo de Van Fraassen.

Rotgers (1988), quien también ha trazado una analogía epistémica entre la labor de Van Fraassen y el aprendizaje social, ha enumerado las siguientes comunidades:

- a) En ambas se continúa ofreciendo énfasis a la ligazón entre los términos teóricos y las entidades observables o medibles, mientras así sea posible. La metodología a usarse queda a la discreción del investigador, lo que permite la acomodación a una variedad de metodologías alternas a la experimentalista.
- b) Cuando dos teorías aparentan tener el mismo apoyo observacional, se deben de realizar esfuerzos adicionales para diferenciarlas, y luego llevar a cabo una variedad de pruebas empíricas que las extiendan más allá de su cobertura original, cuestión de auscultar su adecuación empírica. En este sentido, la decisión de cuál teoría ofrecerá un programa productivo de investigación dependerá de su capacidad para "solucionar problemas" (véase también a Lakatos, 1970 y a Laudan, 1977, 1988).

Conclusiones

Nuestra motivación principal en este trabajo ha sido recalcar que el marco conductual-cognoscitivo (o si lo preferimos, social-cognitivo) es uno en donde los procesos cognitivos adquieren importancia y hasta primacía. El parrear esta labor con procesos mecanicistas y puramente reflejos es un juicio desacertado, aunque esta labor aún es de un particular interés para cierto grupo dentro de la psicología³. Debemos hacer énfasis por última vez en el hecho de que en el paradigma social-cognitivo (Bandura, 1989) a la persona se le adjudica una cabeza y una muy compleja, por cierto. Por lo tanto, resulta inexcusable la aseveración errónea de ciertos críticos cuando equiparan el cúmulo de la labor conductual con la de autores como Watson, Hull, Skinner, Pavlov, etc.

Otro punto que hemos destacado es que, una vez la filosofía positivista cae en descrédito y decadencia se debe entonces enmarcar el proceder conductual-cognoscitivo dentro de un marco epistémico que dirija y aclare el curso de acción a tomar. Como vimos en la Figura 1, es obvio que hay opciones a escoger. Por ejemplo, Staats (1988) propone anclar la labor conductual dentro de lo que él llama "la construcción de multiniveles"; Schwartz (1988) dentro de teorías sistémicas; Fishman (1988) recomienda el uso del construccionismo social y la labor idiográfica.

A nuestro juicio, la aportación de Van Fraassen (1980, 1985) a la filosofía de la ciencia es una oportuna y apropiada para describir y prescribir la labor del investigador y teórico enmarcado en el paradigma social-cognitivo. Al retomar la importancia de lo empírico (abandonando los excesos positivistas) y al adoptar una posición construccionista (anti-realista) de la construcción del conocimiento, Van Fraassen se acerca a los compromisos básicos que caracterizan la investigación

de vanguardia en este campo.

Con este artículo no sólo hemos pretendido identificar y trastocar unos mitos nocivos sino también bosquejar los fundamentos de una filosofía de la ciencia que éste acorde con el proceder conductual-cognoscitivo. De manera tácita, también hemos pretendido comunicarle al lector que dentro de este marco existe un dinamismo investigativo y teórico robusto, el cual, como bien señala O'Leary (1984), está tomando giros multinacionales. Más aún, en última instancia, este artículo le extiende una invitación a los críticos del "conductismo" a que adopten una visión más amplia y adecuada de este quehacer. Esta labor correctiva no sólo tiene el potencial de beneficiar al crítico, quien en lo adelante podrá, si lo desea, criticar con más amplitud, sino también favorece la posibilidad de un mejor debate—un debate informado y alejado de estereotipos simplistas.

Referencias

- Andrews, G., & Harvey, R. (1981). Does psychotherapy benefit neurotic patients? *Archives of General Psychiatry*, 38, 1203-1208.
- Ayer, A.J. (Ed.). (1959). *Logical positivism*. New York: Free Press.
- Bandura, A. (1974). Behavior theory and the models of man. *American Psychologist*, 29, 859-869.
- Bandura, A. (1977). *Social learning theory*. Nueva Jersey: Prentice-Hall.
- Bandura, A. (1978). Reflections on self-efficacy. *Advances in Behavior Research and Therapy*, 1, 237-269.
- Bandura, A. (1982). Self-efficacy mechanisms in human agency. *American Psychologist*, 37, 122-147.
- Bandura, A. (1986). *Social foundations of thought and action: A social cognitive theory*. Nueva Jersey: Prentice-Hall.
- Bandura, A. (1989). Human agency in social cognitive theory. *American Psychologist*, 44, 1175-1184.
- Barlow, D.H., & Cerny, J.A. (1988). *Psychological treatment of panic*. Nueva York: Guilford Press.
- Beck, A.T. (1976). *Cognitive therapy and the emotional disorders*. Nueva York: International University Press.
- Beck, A.T., & Freeman, A. (1990). *Cognitive therapy of personality disorders*. Nueva York: Guilford.

3- Como bien ha señalado Wilson (1990), la teorización dentro de los paradigmas de condicionamiento cada día es más sofisticada y menos reduccionista. Por ejemplo, Rescorla (1988), en un artículo titulado "Condicionamiento Pavloviano: No es lo que usted cree que es", argumenta que el condicionamiento clásico no es un proceso irreflexivo, en donde el organismo forma una asociación en cuanto dos estímulos se parean. Esencialmente, es un proceso cognitivo en donde el organismo aprende sobre relaciones entre eventos en el mundo.

- Beck, A.T., & Weishaar, M. (1989). Cognitive therapy. En A. Freeman, K. Simon, L.E. Beutler, & H. Arkowitz (Eds.), Comprehensive handbook of cognitive therapy, (pp. 21-36). Nueva York: Plenum.
- Bernard, M., & DiGiuseppe, R. (1989). Inside rational-emotive therapy. Nueva York: Academic.
- Dobson, K.S. (1989). A meta-analysis of the efficacy of cognitive therapy for depression. Journal of Consulting and Clinical Psychology, 57, 414-419.
- Dowd, E.T., & Pace, T.M. (1989). The relativity of reality. En A. Freeman, K. Simon, L.E. Beutler, & H. Arkowitz (Eds.), Comprehensive handbook of cognitive therapy, (pp. 213-226). Nueva York: Plenum.
- Ellis, A., & Dryden, W. (1987). The practice of rational emotive therapy. Nueva York: Springer.
- Fishman, D.B. (1988). Pragmatic behaviorism: Saving and nurturing the baby. En D.B. Fishman, F. Rotgers & C.M. Franks (Eds.), Paradigms in behavior therapy (pp. 254-293). Nueva York: Springer.
- Fishman, D., Rotgers, F., & Franks, C.M. (1988). Paradigmatic decision making in behavior therapy: A provisional roadmap. En D.B. Fishman, F. Rotgers & C.M. Franks (Eds.), Paradigms in behavior therapy (pp. 323-362). Nueva York: Springer.
- Foa, E.B., Stekette, G., & Ozarow, B.J. (1985). Behavior therapy with obsessive-compulsives: From theory to treatment. En M. Mavissakalian, S.M. Turner, & L. Michelson (Eds.), Obsessive-compulsive disorder: Psychological and pharmacological treatment, (pp. 49-130). Nueva York: Plenum.
- Gergen, K.J. (1985). The social constructionist movement in modern psychology. American Psychologist, 40, 266-275.
- Greenberg, L.S., & Safran, J.D. (1987). Emotion in psychotherapy: Affect, cognition, and the process of change. Nueva York: Guilford.
- Hersen, M., & Barlow, D.H. (1976). Single case experimental designs. Nueva York: Pergamon.
- Jacobson, N.S., & Holtzworth-Munroe, A. (1986). Marital therapy: A social learning-cognitive perspective. En N.S. Jacobson, & A.S. Gurman (Eds.), Clinical handbook of marital therapy, (pp. 29-70). Nueva York: Guilford.
- Jones, R.A. (1977). Self-fulfilling prophecies: Social, psychological, and physiological effects of expectancies. Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum.
- Kazdin, A.E. (1978). History of behavior modification. Baltimore: University Park Press.
- Kazdin, A.E., Bass, D., Siegel, T., & Thomas, C. (1989). Cognitive-behavioral therapy and relationship therapy in the treatment of children referred for antisocial behavior. Journal of Consulting and Clinical Psychology, 57, 522-535.
- Kazdin, A.E., & Wilson, G.T. (1978). Evaluation of behavior therapy. Mass: Ballinger.
- Keane, M.K., Fairbank, J.A., Caddell, J.M., & Bender, M.E. (1985). A behavioral approach to assessing and treating post-traumatic stress disorder in Vietnam veterans. En C.R. Figley (Ed.), Trauma and its wake (pp. 257-294). Nueva York: Brunner/Mazel, Inc.
- Kendall, P., & Bemis, K. (1983). Thought and action in psychotherapy: The cognitive-behavioral approaches. En M. Hersen, A.E. Kazdin & A.S. Bellack (Eds.), The clinical psychology handbook, (pp. 565-593). Nueva York: Pergamon.
- Lakatos, I. (1970). Falsification and the methodology of scientific research programmes. En I. Lakatos & A. Musgrave (Eds.), Criticism and the growth of knowledge, (pp. 91-196). Mass.: Cambridge University Press.
- Laudan, L. (1977). Progress and its problems: A theory of scientific growth. Berkeley: University of California Press.
- Laudan, L. (1988). Are all theories equally good? A dialogue. En R. Nola (Ed.), Relativism and realism in science, (pp. 117-140). Dordrecht, Holanda: Kluwer.
- Lazarus, A.A., & Davison, G.C. (1971). Clinical innovation in research and practice. En A.E. Bergin & S.L. Garfield (Eds.), Handbook of psychotherapy and behavior change, (pp. 196-216). Nueva York: Wiley.
- Lazarus, R.S. (1984). On the primacy of cognition. American Psychologist, 39, 124-129.
- Mahoney, M.J. (1979). Cognitive and noncognitive views in behavior modification. En P.O. Sjöden, S. Bates & W.S. Dockens (Eds.), Trends in behavior therapy, (pp. 39-54). Nueva York: Academic Press.
- Mahoney, M.J. (1988). Rationalism and constructivism in clinical judgement. En D.C. Turk & P. Salovey (Eds.), Reasoning, inference, and judgement in clinical psychology, (pp. 155-181). Nueva York: Free Press.

- Martínez-Taboas, A. (1985). Mitos relacionados a la terapia conductual. Revista Puertorriqueña de Psicología, 3, 55-69.
- Martínez-Taboas, A. (1988). ¿Son todas las psicoterapias igualmente efectivas? Una revisión crítica. Revista Latinoamericana de Psicología, 20, 309-330.
- Martínez-Taboas, A. (1989). Desorden de pánico: Conceptualización y tratamiento psicológico. Revista Latinoamericana de Psicología, 21, 137-163.
- Meichenbaum, D., & Cameron, R. (1983). Stress inoculation training: Toward a general paradigm for training coping skills. En D. Meichenbaum & M.E. Jaremko (Eds.), *Stress reduction and prevention*, (pp. 115-154). Nueva York: Plenum.
- Moretti, M., Feldman, L., & Shaw, B.F. (1990). Cognitive therapy: Current issues in theory and practice. En R.A. Wells & V.J. Giannetti (Eds.), *Handbook of the brief psychotherapies*, (pp. 217-237). Nueva York: Plenum.
- Nelson, R.O., & Hayes, S. (1986). (Eds.). *Conceptual foundations of behavioral assessment*. Nueva York: Guilford.
- Nisbett, R.E., & Ross, L.D. (1980). Human inference. Nueva Jersey: Prentice-Hall.
- O'Leary, K.D. (1984). The image of behavior therapy: It is time to take a stand. *Behavior therapy*, 15, 219-233.
- Patterson, G.R. (1982). *Coercive family processes*. Eugene, Oregon: Catalia.
- Peterson, C., & Seligman, M.E.P. (1984). Causal explanations as a risk factor for depression: Theory and evidence. Psychological Review, 91, 347-374.
- Popper, K. (1974). The philosopher replies. En P.A. Schilpp, (Ed.), The philosophy of Karl Popper, (pp. 961-1200). La Salle, Illinois: Open Court.
- Rescorla, R.A. (1988). Pavlovian conditioning: It's not what you think. American Psychologist, 43, 151-160.
- Rotgers, F. (1988). Social learning theory, philosophy of science, and the identity of behavior therapy. En D.B. Fishman, F. Rotgers & C.M. Franks (Eds.), Paradigms in behavior therapy (pp. 187-210). Nueva York: Springer.
- Safran, J.D., & Segal, Z.V. (1990). *Interpersonal process in cognitive therapy*. Nueva York: Basic Books.
- Sayette, M.A., & Mayne, T.J. (1990). Survey of current clinical and research trends in clinical psychology. *American Psychologist*, 45, 1263-1266.
- Schwartz, G.E. (1988). From behavior therapy to cognitive behavior therapy to systems therapy. En D.B. Fishman, F. Rotgers & C.M. Franks (Eds.), Paradigms in behavior therapy (pp. 294-322). Nueva York: Springer.
- Shapiro, D.A. (1985). Recent applications of meta-analysis in clinical research. Clinical Psychology Review, 5, 13-34.
- Staats, A.W. (1988). Paradigmatic behaviorism, unified positivism, and paradigmatic behavior therapy. En D.B. Fishman, F. Rotgers & C.M. Franks (Eds.), *Paradigms in behavior therapy* (pp. 211-253). Nueva York: Springer.
- Suppe, F. (1989). *The semantic conception of theories and scientific realism*. Urbana: University of Illinois Press.
- Turk, D.C., & Salovey, P. (1988). (Eds.). *Reasoning, inference, and judgement in clinical psychology*. Nueva York: Free Press.
- Van Fraassen, B.C. (1980). The scientific image. Oxford: Clarendon Press.
- Van Fraassen, B.C. (1985). Empiricism in the philosophy of science. En P.M. Churchland & C.A. Hooker (Eds.), Images of science, (pp. 245-308). Chicago: University of Chicago Press.
- Weisz, J.R., Weiss, B., Alicke, M.D., & Klotz, M. (1987). Effectiveness of psychotherapy with children and adolescents. Journal of Consulting and Clinical Psychology, 55, 542-549.
- Williams, S.L. (1988). Addressing misconceptions about phobia, anxiety, and self-efficacy. Journal of Anxiety Disorders, 2, 277-289.
- Wilson, G.T. (1990). Fear reduction methods and the treatment of anxiety disorders. En C.M. Franks, G.T. Wilson, P.C. Kendall & J.P. Foreyt (Eds.), Review of behavior therapy- Vol. 12, (pp. 72-102). Nueva York: Guilford.
- Woolfolk, R., Fieldman, N., Rosenberg, S., & Gara, M. (1990). Theoretical and methodological dimensions of behavior therapy: An empirical analysis. *Advances in Behavior Research and Therapy*, 12, 31-45.
- Wright, J.H. (1988). Cognitive therapy of depression. En A.J. Frances & R.E. Hales (Eds.), Review of psychiatry- Vol. 7, (pp. 554-570). Washington: American Psychiatric Press.